

EL VERDADERO DESCUBRIDOR DE LA CULTURA AGUSTINIANA

Por: GABRIEL GIRALDO JARAMILLO

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 56, Volumen XV
Cuarto Trimestre de 1957*

Uno de los hechos más extraños y más inexplicables de la prehistoria colombiana es el desconocimiento en que se tuvo durante más de dos siglos la cultura denominada de San Agustín o del Alto Magdalena, una de las más misteriosas y extraordinarias de la América precolombina.

En una extensa zona de tierras feraces, en un clima medio propicio a la agricultura y la ganadería, abundantemente regado, floreció unos cuantos siglos antes de la conquista, una civilización de escultores en piedra, cuyas obras no han dejado de asombrar a los sabios de Europa y América que han querido averiguar sus orígenes y su desaparición, comprender sus concepciones religiosas, ahondar en su organización social y económica, desentrañar, en una palabra, el misterio que la envuelve.

A pesar de las muchas hipótesis emitidas hasta hoy el «problema» agustiniano continúa tan insoluble como en los días iniciales del hallazgo de ese mundo de piedra esculpida que constituye su máxima manifestación. Es cierto que se han ensayado explicaciones múltiples, lógicas algunas, atrevidas muchas, extravagantes no pocas. Los intentos de hallar un origen, ya sea en las culturas preincaicas del Sur, ya en las protomayas del Norte, han producido una abundante literatura, pero ninguna conclusión realmente satisfactoria. Las analogías con culturas que se extienden desde Nicaragua hasta Bolivia son aparentemente defensables pero no han conducido al esclarecimiento final del problema. En lo que sí están de acuerdo todos los prehistoriadores es en atribuirle a la cultura megalítica del Alto Magdalena, aparte de un positivo valor artístico, una importancia

excepcional dentro del panorama de la América prehispánica. No es aventurado decir que la solución del problema de San Agustín puede conducir a resolver la arqueología del Nuevo Mundo.

Sorprende, repetimos, que no encuentre en los cronistas, historiadores y geógrafos coloniales, la menor alusión a esta civilización andina, ubicada en un sitio ventajosamente situado, en medio de vías de penetración que fueron utilizadas desde antes del descubrimiento y luego frecuentadas por los conquistadores. Ninguno de los cronistas primitivos del nuevo Reino tuvo la menor noticia de estos restos arqueológicos, a pesar de estar ellos en gran número en la superficie misma del terreno, y de que el territorio fue conocido y explorado, y posteriormente convertido en fincas de titulación relativamente antigua.

Ni Juan de Castellanos, ni el Padre Simón, ni el Arzobispo Fernández de Piedrahita señalan la existencia del desaparecido pueblo agustiniano, ni tuvieron noticia alguna de la estatutaria. Silencio semejante guardan los historiadores de las misiones y de la catequización del Nuevo Reino como fray Alonso de Zamora. El minucioso Antonio Vásquez de Espinosa desconoció esta inmensa riqueza americana que solo comienza a ser revelada en los años finales del siglo XVIII. Tradicionalmente se ha asignado al sabio y mártir don Francisco José de Caldas el merito de haber sido el primero en hablar de San Agustín. Así lo reconocen todos lo que han ocupado de esta cultura, recordando las palabras consignadas en el *<Estado de la Geografía del Virreinato de Santafé de Bogotá, con relación a la economía y al comercio>*, publicado en el *«Seminario, del Nuevo Reino de Granada»*, en el año de 1808. Escribió allí el sabio Caldas «San Agustín el primer pueblo que baña (el río Magdalena) está habitado de pocas familias de indios, y en sus cercanías se hallan vestigios de una nación artista y laboriosa que ya no existe. Estatuas columnas, adoratorios, mesas, animales, y una imagen del sol desmesurada; todo de piedra, en número prodigioso, no indican el carácter y la, fuerza del gran pueblo que habitó las cabeceras del Magdalena. En 1797 visité esos lugares, y vi con admiración los productos de las artes de esta nación sedentaria, de que nuestros historiadores no nos han transmitido la menor noticia. Sería bien interesante recoger y diseñar las piezas que se hallan esparcidas en los alrededores de San Agustín. Ella no haría conocer el punto a que llevaron la escultura los habitantes de estas regiones y nos manifestaron algunos rasgos de su culto y de su policía. Comprendió plenamente Caldas la importancia excepcional de los restos arqueológicos que encontró en el alto Magdalena, aunque solo dejó las pocas líneas transcritas como testimonio de su admiración y curiosidad. Los estudios que él preconizaba han sido realizados después por una serie de Investigadores que han revelado a la ciencia múltiples aspectos de civilización agustiniana. Agustín Codazzi, Carlos Cuervo Márquez, K. T. Preuss Monseñor Federico Lunardi Gregorio Hernández de Alba, Luis Duque Gómez, José Pérez; de Barradas, entre otros muchos, han

contribuido al esclarecimiento -aun no definitivo- de esta cultura andina que reserva todavía grandes sorpresas a los americanistas.

Si bien fue el sabio Caldas, como se ha visto, el primero en relatar la significación de la estatutaria agustiniana y de atraer sobre ella la atención de los estudiosos, no le corresponde, en estricta justicia, el calificativo de descubridor, como se ha venido afirmando hasta ahora. En realidad merece esta primacía un fraile franciscano, el Padre Juan de Santa Gertrudis cuya obra había permanecido inédita y desconocida hasta que la editó en la *Biblioteca de la Presidencia de la República*, en el año de 1956, el doctor Jorge Luis Arango. «*Maravillas de la Naturaleza*» tituló su libro el misionero franciscano, y en él consignó el relato de sus viajes catequísticos por gran parte del territorio del Nuevo Reino de Granada, de la Presidencia de Quito y del Virreinato del Perú.

Fray Juan de Santa Gertrudis fue natural de Palma de Mallorca, hizo sus estudios en el convento de Jesús, en donde recibió las sagradas órdenes, y concurrió muy posiblemente a la Universidad Luliana de Palma. Fue hombre curioso de las ciencias y escribió un tratado de medicina inspirado en los principios de Raimundo Lulio: «*Medicina Luliana*», que se conserva inédito así como «*La virtud en Palacio*» recopilación de sus sermones. Viajó extensamente por varios países de Europa y en 1755 se embarcó para América en la que permaneció durante once años, habiendo recorrido en tareas misionales la casi totalidad del territorio colombiano, una parte del Ecuador y del Perú, haciendo observaciones de diversa índole que consiguió en los cuatro tomos de *Maravillas Naturaleza*. Regresó a España al Colegio de Arcos de la Frontera, en la provincia de Cádiz y después pasó a Mallorca en donde murió el 8 de agosto de 1799.

La obra del Padre Juan de Santa Gertrudis se ha conservado en la Biblioteca Pública de Palma, bajo las signaturas Ms, 401-404, y de ella solo se conocía la sucinta noticia publicada por don Jesús García Pastor, director de la Biblioteca de Palma) en la «*Revista de Indias*» (Año XII, N° 47, pp. 9-21) correspondiente a los meses de enero-marzo de 1952, en la que señala el contenido de los cuatro volúmenes. El mismo señor García Pastor es autor de la introducción que presenta la edición bogotana.

«*Maravillas de la Naturaleza*» es el relato pormenorizado de los viajes del Padre Juan de Santa Gertrudis por América, de sus tareas religiosas y de sus experiencias entre las gentes civilizadas y salvajes del Nuevo Reino. En medio de largas digresiones sin interés ninguno, se encuentran curiosas noticias sobre las ciudades americanas, sobre las costumbres, trajes, comidas, vivienda, comportamiento económico y hábitos religioso, de las gentes. Es uno de los documentos más

pintorescos sobre la vida colonial en la segunda mitad del siglo XVIII y encierra numerosos materiales aprovechables para el sociólogo, el etnólogo, el geógrafo, el economista y el historiador. Los temas escogidos y especialmente la manera de enfocarlo y discutirlos muestra cuál era la mentalidad de un misionero franciscano de la época y cuáles las opiniones de un religioso español con respecto a América. El título mismo que fray Juan dió a su obra está manifestando el asombro ante las cosas del Nuevo Mundo que relata con sencillez no exenta de gracia y a veces de picardía. Fray Juan era un hombre simple cuyo mundo espiritual estaba poblado de diablos y fantasmas, de milagros y maravillas. Pero lo que vió y contó luego en su libro con ingenuidad casi infantil, sirve hoy, a veces como testimonio directo, a veces como guía segura para interpretar muchos de los aspectos de la vida colonial, y para entender las contradicciones de una época llena todavía de interrogantes y no muy lejana, sin embargo, del espíritu del hombre americano. Porque el alma colonial como aparece a través de las páginas de las «*Maravillas de la Naturaleza*» ha subsistido en gran parte y los progresos de la civilización y el contagio del mundo europeo, no han podido desterrar por completo la esencia de lo que fue la Colonia americana.

Muchos comentarios suscitará el libro de Fray Juan de Santa Gertrudis que se convertirá en fuente inagotable de los investigadores de la historia natural, social y religiosa del siglo XVIII neogranadino. Hoy queremos aludir solamente a su criterio arqueológico y solicitar para él un título que merece plenamente; el de descubridor de la cultura de San Agustín.

Sorprende ver el interés con que fray Juan se refiere a los monumentos aborígenes en un época en que la arqueología americana no había nacido todavía y la Europa era apenas cultivada por unos cuantos aficionados, sin que hubiera alcanzado la categoría de ciencia. El gusto por el pasado aunque tuvo manifestaciones en la Edad Media y en el Renacimiento – bastaría citar a Cola di Rienzi, Ciriaco de Ancona y al Papa Pío II – solo se desarrolla en el siglo XVIII en que se funda en Londres la *Society of the Dilettanti* (1733) y se publican las obras de Stuart y Revett, Chandler y R. Wood y muy especialmente los trabajos fundamentales del Conde de Caylus y de Winckelmann. Apartir de la expedición de Napoleón a Egipto se acentúa el interés por los monumentos antiguos y poco a poco se va creando una nueva disciplina científica consagrada a su estudio e interpretación, que se convierte en un auxiliar poderoso de la historia.

No podía ser fray Juan de Santa Gertrudis ajeno al problema fundamental de la prehistoria americana: el origen de los indios, que tanto preocupó a los primeros cronistas y tan sabrosas e ingenuas páginas inspiró después y sigue inspirando a los historiadores del pasado americano. Se muestra partidario de la tesis judaica, expuesta por vez primera por Arias Montanus sostenida más tarde por el P. Gregorio García en su famoso libro «*Origen de los indios del Nuevo Mundo*»; por

fray Bartolomé de las Casas, el Padre Duran y el rabino portugués Manassés Ben Israel, y defendida en una obra admirable por su riqueza tipográfica, por borough. Escribe fray Juan: «La gente india soy yo de parecer que es aquella 13 tribu de Israel que en sentir común de santos Padres se desvió, y tomando caminos por despo blados desapareció sin que se supies por donde. El fundamento que tengo es que he notado que los indios tienen todas las propiedades, de los judíos. Son muy golosos, propensos a comer dulce y queso propensos a la idolatría; fáciles de dejar la religión cristiana; gente que no cría barba; de natural ladrones, muy inclinados a lavarse muchas veces y a pintarse el cuerpo. Cuando hablan nunca miran a la cara; siempre comen en el suelo; siempre procuran vivir en despoblado y donde nadie sepa de ellos. Inclinados a repudiar mujeres y a tener muchas de ellas. Propensísimos a la embriaguez. Por más que se les haga alguna vejación, nunca se afrentan. Indevotos de asistir a la iglesia. Cuando hablan entre sí, siempre hablan muchos a un tiempo. Infieles en lo que prometen; y toman por sumo agravio el que se les corto la melena, siendo así que tienen el pelo cerdudo y nunca crian canas ni calva. Enemigos del Epañol y amigos de fomentarse unos con otros. Son gente de natural vil y apocado; y al mismo tiempo, el que llega a empuñar la vara de alcalde o regidor se vuelve un soberbio Lucifer (Tomo 1, pp. 117-118), Como se ve, fray Juan no solo era un maestro en el arte engañoso de las analogías que tanta carrera se ha abierto sin embargo, entre los aficionados a la antropología, sino que no oculta su antisemitismo y su desprecio por los indígenas.

Pero a pesar de todo se ocupa frecuentemente de sus costumbres y describe minuciosamente los lugares por ellos habitados. Pondera por ejemplo la abundancia de guacas en el pueblo de Pedregal y el mucho oro que allí se ha encontrado.: «El año anterior el doctor Caycedo encontró una guaca tan rica que las alhajas que sacaron de oro, tigres, monos, sapos, culebras, etc., puesto en una batea un negro con toda su fuerza no la pudo levantar. Y que el mismo año había encontrado otra con un indio seco y entero, rebotado con un capote de oro, que pesó más de cuatro quintales» (Tomo 1 p.123). En su viaje por la provincia de Barbacoas, escribe; «Llaman a este pueblo La Tola, porque todo está lleno de tolas, que quiere decir montonles de tierra, y así es porque yo lo he visto como dire a su tiempo. Estas tolas son entierros de los indios antiguos, y como ellos se enterraban con cuanto, tenia en alguna se ha encontrado bastante riqueza ... Hállanse allí por lo regular varias figuritas hechas de barro con mucha perfección. Hállanse también hechas de oro con los ojos de esmeralda; hállanse también una cuentecitas de oro hechas de filigrana, tan chicas como la cabeza de su alfiler, y la obra tan perfecta, que al verlas se lleva toda la atención... Yo pienso que hoy en día no se hallaría artífice ninguno que se atreviese a fabricar una de estas cuentecitas, obra la considero tan singular por lo diminuto que es, lo perfecto y hecho de oro de filigrana. Y lo más raro que yo en ello considero es que esto lo fabricarón los indios antiguos sin instrumentos de

fierro, porque es cierto que no los tuvieron; y así aquí se para el juicio en pensar que el diablo lo fabricaba, teniéndolos sujetos en la idolatría.

No escatima el buen fraile sus elogios a la orfebrería indígena contándose entre los pocos de su época que supieron apreciar la belleza de esas obras, aunque guiado por su espíritu supersticioso y por la mania antiindígena, soluciona el problema atribuyéndolas al mismo diablo.

La descripción que fray Juan hace de San Agustín no puede ser más pintoresca ni más interesante. Su fe religiosa, auténtica fe de carbonero, lo lleva a ver en la estatuaria agustiniana imágenes de obispos y de frailes y trata de buscar una explicación en las leyendas españolas y en las tradiciones populares de la región. No deja de sorprender el que la denominación que fray Juan dió a una de las estatuas -la del «Obispo»- haya perdurado a través del tiempo y este consignada en obras científicas como el nombre popular con que se distingue uno de los ejemplares más curiosos y dignos de estudio por la variedad de elementos plásticos que contiene. Admira la belleza de las esculturas y la perfección de todos sus detalles decorativos. Naturalmente no encuentra mejor autor de todo aquel conjunto portentoso que el demonio, a quien la época atribuía ese poder casi divino de la creación de todo lo maravillosamente perverso, de lo inexplicable por la vía natural del milagro y de lo que era capaz a la simple mentalidad contemporánea.

Oigamos a fray Juan de Santa Gertrudis, primer europeo que manifiesta su asombro ante el alucinante mundo agustiniano : «yo me fui con el mestizo y llegado al puerto, hay una canoa larga de a siete varas toda de una pieza, hecha de piedra, a manera de piedra sillar, y un poco retirado, cosa de quince pasos están las tres mesas con sus dientes, que es fijo que eran para estrujar la caña dulce para sacarle el jugo, conforme ya había visto en otros trapiches. Ellas son también de piedra aunque de otro color. La canoa serviría para recibir el jugo de caña, o tal vez para recibir la miel ya azucarada. Fuimos de allí al otro monumento, y hay tres obispos de medio cuerpo hasta la rodilla, de piedra, con su mitra y la mitra alrededor con su galón labrado, y en medio de las mitras de un lado y otro un engaste en donde estarían talvez engastadas algunas piedras preciosas, como esmeraldas o amatistas. Revestidos están con su roquete, y remata con un encaje muy bien labrado y hermoso. Solo uno tiene los brazos, y en la mano izquierda se le conoce que empuñaba báculo pastoral, y con la mano derecha daba la bendición. En el dedo índice su sortija sin piedra, y en el Pecho su venera, también sin piedra, pero con los hoyos de las engastaduras, que supongo que estas serían piedras preciosas, y quien pudo se las quitarían como las de las mitras. A unos quince pasos están otros dos descabezados, y la cabeza del uno casi solo es un tolondrón, y poco menos es la del otro, también sin brazos. Yo supongo que estas cabezas serían la piedra más floja, y con las lluvias y temporales se han desfigurado.

«De aquí fuimos al otro monumento. Son cinco frailes franciscanos observantes, de las rodillas para arriba, la brados de la misma piedra que los obispos. Dos están con las manos plegada y puestas dentro la mangas, y por la boca de las mangas, que no están del todo juntas, se les ve un pedazo de las manos y dedos, y esto fue lo que yo más admiró, cómo se pudo labrar. Los otro dos están en ademán de quien predica, y algo la cabeza y el pelo tienen aplastado, que con el tiempo y lluvias se habrá comido. El otro está con la capilla puesta sobre la cabeza, y el cabello delantero está labrado tan fino, como si en realidad fuera verdadero.

«Ahora, ello se sabe por tradición constante en Timaná que en la conquista se hallaron en este puesto.. todos estos monumento antiguos. Sólo Dios sabe quién allí los puso. Lo cierto e que ahí están. Y preguntar yo a cualquiera en dónde habían visto los indios antiguo antes de la conquista obispo vestido de pontifical, o fraile francisanos observantes, cuando en toda la Europa no se traía noticia de tal parte del mundo, y según demuestra la antigüedad de esta obra, el abuelo, el bisabuelo del Padre San Francisco no habían nacido, y ya aquella e tatuas estaban allí. Cuanto a la de los obispos algunos dirán que en la Etiopía y en la China se han hallado vestigios del apostol Santo tomás, y que por aquí querer decir que se fabricarían a honor de algunos obispos que Santo Tomás apóstol consagraría. Esta razón diera alguna luz, a no saber de cierto que los obispos dela primitiva iglesia no usaban el traje que usan ahora en el vestir de pontifical. Aquél fue totalmente distinto, y el de los sacerdotes para celebrar también. La iglesia poco a poco en sus concilios los ha ido reformando y determinando. Yo solo me persuado que el demonio los fabricaría, y me fundo en que en la India los indios no tenían fierro, y por consiguiente tampoco instrumentos para poderlos fabricar. Ellos tenían noticias sobre los oráculos e ídolos que habían de venir los hijos del Sol, esto es del Oriente, y habían de conquistar aquella tierra; y así creo que el demonio les fabricaría aquellas estatuas, y les diría: «Hombres como estos, o de este traje, serán los que gobernarán esta tierra. Y esto me parece que es lo más verosímil» (Tomo I, pp. 292-293).

Corresponde a Fray Juan no solo la primera noticia escrita sobre la existencia de los monumentos de San Agustín, sino una somera descripción de alguno de ello, así como el sentimiento de admiración puramente estética que le producen las estatuas. Elogia la solución de ciertos problemas escultóricos y la perfección de los decorados. Es decir, que en forma muy elemental, pero no por ello menos explícita, ve en la estatuaria megalítica del alto Magdalena obra de arte. Esto es sorprendente en ojos europeos acostumbrado a cánones diferentes y aun opuestos de belleza. Las artes primitivas solo han logrado valoraciones estéticas a través de una larga evolución de la sensibilidad que tuvo que sufrir una especie de acomodación mental, modificando viejos y arraigados conceptos y destruyendo inveterados prejuicios. En estas obras -las de América, las de

Africa o de Oceanía sedujo inicialmente el exotismo, luego se las consideró como objetos raros, pero fue necesaria toda una revolución de la cultura para que se las apreciara como manifestaciones de las Bellas Artes. Fray Juan en su ingenuidad e ignorancia, y quizás por eso mismo, sintió la belleza de la plástica agustiniana. Este es su mérito mayor, pues hace de él un precursor de un movimiento que no ha tenido pleno desarrollo hasta bien entrado nuestro siglo XX.

Declara, basándose en las tradiciones, la gran antigüedad de las estatuas; nos dice que allí estaban en los días de la conquista y las sitúa bien antes de la Edad Media, lo que a grandes rasgos coincide con los ensayos más modernos de cronología.

Establece comparaciones y formula una teoría muy propia de su tiempo y de su propia actividad profesional de catequista y misionero. En la estatuaria agustiniana ve la anticipada representación de obispos y frailes de su orden. Esta pintoresca interpretación religiosa y monástica, es en el fondo tan insignificante o tan respetable como muchas otras que han alcanzado sin embargo gran prestigio en la prehistoria americana. Su refutación o su obvio rechazo son únicamente más fáciles por razón cronológica o por la evidencia de los hechos en contra; lo que, para fortuna de sus autores no tienen otras teorías, aparentemente más científicas, pero igualmente desprovistas de fundamentos.

Y, finalmente, la intervención de un espíritu malo en la fabricación de las estatuas no es sino un nuevo capítulo de un fenómeno esipiritual poco considerado pero de honda influencia en la evolución de las ideas en el nuevo mundo: la demonología americana.

En todo eso o la palabra de Fray Juan de Santa Gertrudis sobre San Agustín, la entonces perdida aldea del Huila en los Andes colombianos, constituyen un testimonio de admiración por los secretos americanos que bien merecía figurar entre las «*Maravillas de la Naturaleza*».

